Gotz Von Berlichingen, caballero

¡Todos estamos condenados!

El descubrimiento de los Infiernos es una experiencia de lo más agotadora para cualquiera de nosotros. De repente, el hombre se encuentra enfrentándose a lo divino. La abrumadora entrada de lo espiritual al mundo real trastoca cada una de nuestras creencias, cada uno de nuestros pensamientos. Si los bárbaros y los incultos sólo ven el Infierno como un medio para enriquecerse, los espíritus más curiosos y abocados a la introspección no pueden evitar preguntarse por qué se le ha otorgado a la humanidad el derecho de entrar allí donde sólo lo han hecho los pecadores que fueron condenados, hasta el final de los tiempos, a los peores tormentos.

Vivimos una época que valora la empresa y el mercantilismo, el hombre se escuda tras las nuevas leyes del comercio y la apertura de las puertas es, a este título, uno de los regalos más bellos que podrían hacerse a la humanidad. Después del descubrimiento del Nuevo Mundo, es ofrecido como pasto a la avidez humana un Nuevo Universo. El infierno sólo es abundancia de nuevos metales, de gemas que brillan como mil fuegos, de bosques extraños, de plantas exóticas, de aguas con poderes inimaginables. Menos de un año después de la apertura de las puertas, el Infierno se había convertido en la principal ruta comercial que unía en pocas horas Magdeburgo, Sevilla y La Rochelle. El Infierno nos abrió sus puertas hace apenas dos años y la humanidad ya edificó allí una ciudad que rivaliza con numerosas capitales europeas. Caminos, fortalezas e iglesias se alzan cada día gracias a la ayuda de una mano de obra gratuita: los condenados del Infierno.
Pero mientras el vendedor se regocija, el hombre debería cuestionarse y empezar a lamentar su suerte. Nos hemos convertido en los verdugos del Infierno, somos los nuevos torturadores, los señores de nuestros difuntos antepasados. ¿El Infierno se nos abrió o todos nosotros hemos sido condenados al Infierno para expiar nuestros pecados? El caso de algunos condenados ilustres puede darnos un indicio de respuesta.

Para muchos, el reencuentro de la humanidad con Gilles de Rais fue un alivio: significaba que, en efecto, el Infierno había acogido a las almas depravadas, los sodomitas y los asesinos. Por supuesto, había sido liberado allí para convertirse en señor de esos lares y no en un simple esclavo, pero tampoco se habría podido esperar otra cosa de este hombre. La maldad de Gilles de Rais tranquiliza: ciertamente el Infierno cumple su función…

Luego vino Götz von Berlichingen. Este ilustre representante de la caballería se hizo famoso de la forma más noble al inicio de la Reforma. Ascendido a la corte del margrave Federico de Brandeburgo, acabó por servir a Carlos V con honor y devoción. Durante su vida, Götz fue un creyente sincero y un soldado respetable. Miembro de la nobleza, no vaciló en apoyar las demandas más razonables de los insurrectos campesinos de Suabia. Amante de la libertad y del orden, durante toda su vida intentó conciliar estos dos ideales con el mayor humanismo posible. ¿Cómo creer en la salvación de la humanidad cruzándonos en los caminos del Infierno con semejante hombre? Si él se encuentra allí ¿Cómo podríamos los demás aspirar a otra cosa? ¿Acaso existe un Paraíso?

Götz von Berlichingen conservó el carisma que los cronistas del siglo precedente le prestaron. Nuestro primer encuentro se efectuó cuando yo estaba a punto de abandonar Nueva Jerusalén junto con una compañía de exploración. Al llegar a la puerta, nos apartamos para dejar entrar a los combatientes marcados por los estigmas de un largo viaje por las tierras infernales. Si el oficial impresionaba a los transeúntes no era por su porte, ni por su soberbia; sino más bien por su aire de derrota y por las feas cicatrices de quemaduras que le surcaban el cráneo y el cuello. Sin embargo, marchando a su lado, se alzaba orgullo y erguido un hombre barbudo con una impresionante armadura semejante a la de nuestros antiguos caballeros. Era él quien dirigía a la tropa, quien animaba a los hombres y sostenía a los heridos. Carismático e infatigable, era como un pastor que devolvía su rebaño sano y salvo. Una vez al amparo de las altas y gruesas murallas de la ciudad, los hombres empezaron a hablar y sonreir de nuevo. En seguida, las rameras y los vendedores ambulantes se echaron sobre la tropa como la peste sobre el pueblo bajo. Habiendo cumplido su deber, Götz se dio la vuelta para regresar a su casa, el Infierno. Estos hombres debían su vida a un condenado…

traducido por Alissea

Después supe que él inspira el mismo respeto a los nuestros que a los sarracenos, a los que combatió en vida, o a los seres abyectos que viven en los Infiernos. Si quisiera jactarme con una dudosa licencia poética, diría que él es de esos líderes a los que los seres corrientes siguen hasta el mismo Infierno. Combatientes de todos los orígenes se reagrupan bajo su mano de hierro, esa mano perdida en las guerras humanas y hecha con un metal vivo proveniente de los más tenebrosos abismos.

He aquí lo que es el mundo del Inframundo, un universo donde el hombre sigue al condenado con veneración, un mundo donde reinan los verdugos, un mundo donde la codicia suplanta cualquier otra idea.
Os lo digo, somos los nuevos condenados de la tierra mientras que los condenados del Infierno pueden haber encontrado por fin el camino de la redención.

traducido por Alissea

Eurínome, por Thomas Cheilan

El Infierno tiene una flora variada, exquisita y particularmente atroz. Entre estas plantas salvajes, hay una muy rara que crece en el lugar de las carnicerías más recientes. La pútrida frescura del cuerpo en descomposición y la fuerza de la sangre provocan el nacimiento de una semilla a la que se llama Servidor Malévolo. Ésta enraíza en un cadáver del que saca su fuerza, luego se extiende al cadáver siguiente, y aprieta su abrazo hasta juntar tres o cuatro cuerpos en un montón pestilente del que se sacia con avidez. Este repugnante fenómeno es observable a simple vista, ya que el crecimiento es rápido.

Hay que decir que la velocidad es la única opción que tiene esta flor inmunda para existir. Efectivamente, las tierras infernales son propensas a engullir espontáneamente la carne de los muertos bastante a menudo, este es un diezmo que se aplica a las matanzas. Por lo tanto, el Servidor Malévolo roba su comida a los infiernos, como si se tratase de un parásito ancestral que se alimenta de tradiciones.

Crece en los cadáveres, irrumpe en sus centros vitales y los reanima como si fueran una extensión de ella misma. En esta etapa de su crecimiento, adquiere un volumen copioso, suficiente para verla desde lejos. Generalmente, suele encontrarse con un lacayo de los feudos infernales que se desvía de su camino para ir a destruirla. Porque de no ser así, ella misma acabará por desarraigarse para moverse como cualquier otra criatura dotada de por lo menos dos patas. He aquí que se demuestra la inteligencia que posee esta criatura vegetal.

Debido a los estragos caóticos de los que se sabe que es culpable, el Servidor Malévolo es temido y perseguido. Por ello es raro poder estudiar un ejemplar con la finalidad de inventariar las diferentes etapas de crecimiento y de metamorfosis de la planta.
Es aquí donde interviene el señor demonio Eurínome, al que se puede calificar sin rodeos de maléfico timador, traidor de la causa luciferina. Así es, durante su miserable existencia, Eurínome no dejó de conspirar contra la liga, halagado por ello por algunos archidemonios. Se definía como satanista, adepto de los grandes señores feudales y contrario a la nueva fe. Sin prestar lealtad a la antigua doctrina, aquí hay que precisar que los que se oponen a un Infierno unificado aún son numerosos. Eurínome era partidario de éstos. Sus complots contra Lucifer abarcaban tal magnitud que el mismo Samael se presentó en su feudo para arrancarle la cabeza. Su gente huyó, el ángel dejó el cadáver de su rival pudrirse allí mismo, junto con dos o tres condenados ajusticiados al mismo tiempo que él.

¡Qué desgracia! Ahora, el lector verá a qué funesto desenlace nos encaminamos. En su infinita perversidad, nuestro hermoso ángel no podía saber que un Servidor Malévolo se extendía por los parajes del homicidio. He aquí que por un horrible, trágico, insoportable pero oportunista azar maquiavélico, los Infiernos le ofrecieron una segunda oportunidad a Eurínome. El Malévolo se apoderó de su cadáver. Si bien la flor colonizó el cuerpo, ahora sabemos ahora que el alma del demonio poseyó a la criatura.

Así, al Señor Eurínome se le ofreció una nueva encarnación. Por eso, el conocido como el Príncipe de la Muerte, no siempre apoyó a la liga luciferina. Sin embargo, juró no oponerse más a los designios de los ángeles y parece dedicarse a la protección de los feudos infernales contra el invasor. ¿Es éste un ejemplo a seguir para los archidemonios que aún reniegan de la nueva doctrina? ¿O se trata de una argucia que pretende restaurar el poder de los señores feudales?
Nadie puede decirlo. Eurínome reanima los cuerpos en putrefacción, del mismo modo que se manejan los hilos de las marionetas. El títere declara haberse librado del yugo de sus antiguos dueños. ¿Es eso una manifestación de su voluntad o una réplica susurrada por un titiritero invisible?.

traducido por Alissea

Salâh Ad-dîn, por Pierre Bouas

Lejos, muy lejos, en los confines de los misteriosos círculos de Aussone y Saqar...

– Cansado de esperar una orden que nunca llegaba, el diablo Fatak tomó las armas. En contra de la advertencia de Naon Haitshya, su señor, salió al campo, al frente de sus centenares de condenados de la blasfemia, para expulsar al invasor. Iblis, un genio tan malvado que fue ascendido al rango de Señor Demonio, acudió con su propio ejército. Los de la coalición conquistaron la ciudad perdida de los mil pilares, Iram , dónde fueron recibidos por Uzza, la tentadora. Celebraron un consejo en el centro del laberinto, donde la diablesa amontonaba su botín, fruto de siglos de rapiñas, una fortuna tan inmensa que Bagdad jamás pudo llegar a soñar con ella: ni mil esclavos podrían llegar a contarla en mil años. Rodeados por los genios carroñeros y las diablesas lascivas, los híbridos eunucos y las hurís caídas; Uzza, Iblis y Fatak juraron combatir juntos a los invasores vivos hasta expulsarlos de su ciudadela de Al Anqsa. También decidieron enviarle a un heraldo a Asaliah, para ofrecerle su bandera – donde figura una cerda recibiendo el semen de un chacal – para que a partir de ese momento el Ángel los contara entre sus partidarios…
– ¡Tch, nombres, más nombres, referencias incomprobables y afirmaciones volátiles! Y ese mensajero, supongo que serás tú, ¿no?- preguntó burlón Abdallah reavivando la fogata-. ¿Entonces la reina de los demonios te encargó llevarles a los Ángeles Caídos un trozo de tela? Pero eso es un gran honor, digo yo …

Los siete askars y su líder se pavonearon. Primero ese condenado bastardo que se creía afirmaba ser un antiguo señor, ¡y ahora contaba locuras dignas de un cuento! Ese vagabundo piojoso, que decía llamarse Salah, seguramente se inventaba cualquier cosa con tal de impresionarlos, pero al menos sus mentiras no carecían de fantasía.

– ¿ Y vas a hacer todo ese camino a pie?- Le preguntó uno de los desertores-. ¿No sabes que los ejércitos luciferinos están en el Valle de las Sombras, al otro lado de los Infiernos?
– No – respondió el condenado con humildad, como si no captara la cruel ironía de sus interlocutores -. Si me confiaron esta misión, es porque soy el condenado favorito de Uzza. Ella me enseñó sus secretos, como ese que permite atrapar a un genio para que se transforme en una ola de tierra y arena, una montura muy superior a un caballo terrestre, creedme.

Algunos soldados rieron a carcajadas al oír esta nueva pamplina, pero su jefe no lo hizo. El naïb Abdallah se sintió profundamente insultado: el condenado había ido demasiado lejos al jactarse de controlar a los genios. Él mismo había fallado en ese camino. Había tenido un genio, pero había perdido el control hacía algunas semanas. La criatura, después de haberlos animado a desertar, los había abandonado en medio de la nada. Sin saberlo, el condenado acababa de recordarles a sus hombres esta penosa desventura y esto lo enfureció. Sacó su puñal y, al momento, lo imitaron los demás, todos prestos a saltar sobre el cuello de aquel vagabundo de lengua suelta.

Al contemplar el frío brillo de las espadas y las miradas asesinas de los bandoleros, Salah los encontró terriblemente reales, tan reales como la penumbra de ese desierto de cenizas que, con un poco de imaginación, evocaba un crepúsculo del mundo de los vivo. Recuerdos anteriores a la tumba le volvían a la mente, mientras que los siglos pasados en la ciudad legendaria parecían difuminarse, como un sueño después del despertar. Ahora Iram le parecía un espejismo … ¿Y si, de algún modo, lo fuera? ¿Cómo iba a extrañarse de que estos desertores no lo creyeran si él mismo dudaba?Sin duda, el poder que ejercía Uzza, su tirana señora, sobre él, se debilitaba a medida que se alejaba de ella. Sus maleficios perdían poco a poco su sustancia. Esta idea reforzó su decisión de desobedecerle y de no volver jamás a Iram. Reuniría a su rival Al Anqsa y la avisaría a los vivos de la campaña militar que se organizaba contra ellos. Si se lo permitan, hasta lucharía a su lado para rechazar el ataque de los demonios.La voz despreciativa de Abdallah lo sacó de este noble pensamiento:

– Escuchame perro, ¡yo soy un mago!- Exclamó el naïb renegado, exhibiendo su preciado ejemplar del Kitab al Azif-. Atravesé la mitad de los Infiernos conocidos junto con mis compañeros, desde el reino de

La Sabiduría hasta aquí, para descubrir esta fabulosa ciudad de la que te crees ser emisario. Así que si tienes la menor queja sobre nuestro trato por salvar tu vida, ¡Dilo ahora! O si no…

– ¿O si no qué, Abdallah? – Replicó el condenado con la autoridad de un rey -. ¿Crees que podrás descifrar, a duras penas, una fórmula de tu libro mágico para intentar hechizarme? ¡El haber robado ese libro de la biblioteca de Sabiduría no te convierte en un mago, sino en un ladrón! ¡Me vas a dar el Kitab Al Azif, luego tus hombres y tu vais a guiarme hasta Al Anqsa, donde le ofreceré mis servicios al Emir! He aquí lo que va a pasar de verdad. O si no …

Pero al ver las miradas aterradas de los desertores ante la ola de arena y de cenizas que lo elevaba más de un metro por encima del suelo, Salah Ad-Din, señor en vida y mago en la muerte, supo que no habría un ”sino…”

traducido por Alissea

André de Montbard, por Thomas Cheilan

Carta de Hugo de Payns dirigida a André de Montbard.

“Loado sea el Cielo por dejarnos descubrir los caminos del reino de Sabiduría y juramos guardar los secretos sin usarlos para nuestro propio beneficio.
Este juramento, ni vos ni yo lo hemos traicionado.
Cuando dejé el valle de las lágrimas para explorar el mundo subterráneo, vos erais un antiguo servidor de la Orden, cansado de luchar y a pesar de todo infatigable. Debíamos reunirnos veinte años después. Acordaos como en aquel momento esta separación se os antojó larga, y cuanta era la alegría que presidía nuestros reencuentros.
Sólo dos antiguos compañeros de armas que conocen recíprocamente su valor en el combate pueden sentir semejante embriaguez.
Juntos, nos abrimos paso por los feudos de Pélion hasta la Sabiduría, que por aquel entonces, nos era desconocida. En nombre del Salvador, vos seguisteis mi rastro desde Jerusalén hasta las puertas de este feudo sagrado.
Todas estas peripecias producto de toda una vida parecen, bajo mi pluma, muy efímeras. Porque ahora, las contemplamos a través del prisma de los siglos que han pasado.
Sin embargo, nuestros lazos fraternales se tejieron en aquella época lejana y estoy seguro que no perdieron ni un ápice de su fuerza.
Los acontecimientos me empujan a molestaos en vuestra jubilación mediante esta misiva.
Los hermanos conservan siempre vigilancia de Sapiencia, pero estos nuevos tiempos nuevos vienen para turbar la quietud de las llamas, tiempos que exigen vuestra intervención.
La intendencia del Temple me ha convertido en una sombra. Si yo soy la memoria de nuestra cruzada, vos sois su brazo armado. He aquí por qué su presencia es requerida.Hemos rechazado a muchos invasores, pero no es momento de defender el territorio. Debemos partir en campaña.
En Jerusalén ya estabais cansado de las carnicerías. Sin embargo, no os abandonó vuestro valor en absoluto. Vos sois, de entre todos nosotros, el único que conservó su naturaleza de ser vivo. Los siglos pasados en los infiernos prolongan al límite nuestra vida, pero vos no habéis sido marcado por los estigmas de la Bestia. Vuestro corazón se mantuvo virtuoso y rezáis por nuestros pecados.Perseguido por la Inquisición, Santiago de Molay murió en la hoguera sonriendo. Ese fue el fin de la Orden para los terrestres y el principio de nuestra condenación eterna. Vos lo sabéis, nuestros ya no mueren, se transforman poco a poco en sombras al servicio de la Sabiduría.

Somos vuestras almas condenados y vos seréis nuestro mejor embajador ante los vivos.Vos fuisteis el quinto comendador de la Orden. Le pido que lleve de nuevo ese título.

Vos os habéis rebelado contra el Papa, sin embargo las Sagradas Escrituras guían vuestro brazo sobre los campos de batalla. El Salvador nunca os abandonó. Su Luz nos ilumina a través de vos, porque vos jamás renunciasteis al sentido original de la cruzada.

Os sorprenderéis al saber cómo vendí ciertos secretos del reino a una compañía de condenados dirigida por el infame Gilles de Rais. Sin embargo no traicioné nuestro juramento. Me aseguré su servicio ofreciéndoles una ínfima parte del conocimiento que guardamos. Lo esencial está y estará a salvo.
Os pido que llevéis a estos mercenarios al combate. Su presencia nos permitirá medir su lealtad al Temple.

Os pido, André, que llevéis de nuevo nuestra bandera y mostrar al Papa que la rebelión nos consume.
Entonces sabré que vos no olvidasteis nada de la fraternidad que nació de nuestros años mozos.”

traducido por Alissea

Vincenzo Maculano de Fiorenzuola, por Pierre Bouas

La bruja recibió al inquisidor con una mirada fría y altiva.

– Fra Fiorenzuola… ¿Veníis para reconocer vuestra incapacidad para probar mi bautismo delante de los Seis? Oh, lamento mucho escapar de la jurisdicción del Santo Oficio … Vuestros numerosos adversarios en el consejo de Nueva Jerusalén os disputarán los placeres de mi cautividad y de mi ejecución… qué terrible desengaño, ¿no?

Ella estaba en lo cierto: ¡No había ningún rastro de que esta pequeña puta hubiera sido católica alguna vez – ni siquiera cristiana- y era imposible sonsacarle una confesión! La Inquisición se esforzaría en conservarla más tiempo. Lo que no cambiaría nada para ella: el destino de la presa fue sellado, ya sea entre sus manos, los Hugonotes, o cualquier otra autoridad de la colonia infernal.

– No me regocija la idea de una ejecución, ni siquiera la tuya, víbora – respondió Vincenzo con un aire serio y dulce de apóstol-. Soy sólo un investigador, yo establezco los hechos.
– ¡Ve a otro con ese cuento!

Esta maldita hembra lo impresionaba con su calma. Bella y educada, Alazaïs apareció de la nada, hablando un latín perfecto, y manifestando un conocimiento de los misterios que hasta los mejores eruditos de la ciudad le envidiaban. Ella no se parecía en nada a la imagen popular de la vieja campesina que se ofrecía a Satanás las tardes de Sábado, y eso estaba bien. El mismo Vincenzo no era el tipo de inquisidor al que le inquietaba quemar a los charlatanes de campo. La Iglesia le había encargado una misión algo más delicada: combatir las tesis heréticas nacientes, como la que había propagado Galileo hacía unos años. Pero aquí abajo, el enemigo era diferente.

– El rumor dice que el diablo Ridlas, en el corazón de su antro de horror, tiene cautivos a prelados difuntos …
– ¿Me hablas de abades y de cardenales caídos en condenación eterna? – Se rió burlonamente la hechicera-. ¡Es algo tan común en nuestros Infiernos! Ridlas los colecciona y se jacta de ello, es cierto. Él pretende por todas los medios que la joya de su colección sea este Papa, ¿cómo se llama? Venga, está en vuestro calendario de santos…

Al ver tensarse la cara del monje, Alazaïs añadió con deleite:

– Pero por otro lado, oh gran inquisidor, ese tormento que un diablo inflige a esos ” difuntos a prelados “, no es más que un castigo que corresponde a la voluntad de … ¿ Dios?

¡Qué altanería, qué blasfemias, aquí, en estos lugares! Cualquier otro habría vomitado nada más haber pronunciado estas palabras. Sin embargo Vincenzo los ignoró y repitió serenamente:

– No dejaré que esta leyenda se difunda. ¡Si por ventura esta farsa parece verdadera, no es más que un nuevo artificio de Satanás! Y sería mi deber ponerle fin, antes de que el abyecto partido hugonote la utilice contra la verdadera Fe. Dispongo de siete compañías, pero todavía me falta lo esencial: un guía. Sabes el camino hacia el antro de Ridlas ¿no?.
– Así es, pero es un camino tortuoso. ¡Por desgracia! Vos lo habréis comprobado, padre; mi memoria no funciona bien entre cadenas y cárceles…
– Por tu bien, bruja, esperemos que una vez fuera de estos muros, la recuperes…

traducido por Alissea

Kartikeya, por Pierre Bouas

Kartikeya olfateó el suelo humeante, luego ordenó a sus rastreadores reptar a una posición más avanzada. Luego trepó por una estalagmita y allí, agarrado a la roca ardiente, contempló el horizonte. A cien toesas se alzaba el círculo de piedras donde se escondían los últimos rebeldes. Podía distinguir sus banderas desgastadas, marcadas con el ojo de Medusa que simbolizaba la unión de las tribus en la misma nación. Una nación … Según los exploradores, Bran Carnoth sólo dirigía un puñado de fieles agotados por su odisea en Pélion y más allá. Hasta las estirges y los corvus lo habían abandonado. Estaba acabado. El rey lagarto disponía del doble de guerreros que él, el enfrentamiento se desarrollaría sin sorpresas.

Bran, hecho un ovillo, se hacía el dormido, con los ojos entornados y los dedos cerrados sobre su hacha. En realidad, estaba al acecho por si oía cualquier ruido que anunciara la aproximación de su adversario. A pesar del regreso de Spada y de sus mercenarios, encontrados en la entrada de Kohut, su tropa no era más una sombra de lo que fue. La situación era mala, pero eso no era nada nuevo. Lo más desesperante era volver a participar en una lucha entre Perdidos. Corvus o squamates, los reyezuelos y los tiranos de su pueblo acudirían a continuación en para darle el golpe de gracia, para hacerle pagar esa loca ambición de haberse proclamado su señor soberano. Espoleados por los Luciferinos, no veían más allá de sus mezquinas rivalidades. La depravada diplomacia de los diablos había vencido a la esperanza de unidad.

¿Culpable por tener que enfrentarse a otros Perdidos? ¡ No, qué farsa! Bran Carnoth creía que los condenados francos formaban una nación. Curtido por milenios de despiadada lucha entre clanes, Kartikeya mataba a sus semejantes sin sentir remordimientos. Los mataría, por supuesto, del mismo modo que había asesinado a su propio señor, Shayativa escamas cambiantes, para reinar en su lugar en el Clan de los Ojos de Hipnosis. Sí, había matado a su señor y bebido su sangre. Él mismo habría abierto su tripa, devorado su corazón y leído en sus entrñas los millares de promesas que le hacía el destino. Eso fue hace mucho tiempo y, sin embargo, a veces a Kartikeya le parecía que había agotado esta fuente de bienes. Tenía que regenerar su buena suerte con un nuevo holocausto. Pronto estaría hecho. Luego le ofrecería la piel pálida del "dux bellorum" a Samael. A cambio, el ángel maldito le había prometido el antiguo feudo de Thelonius del que se había apropiado los insurrectos.

El Harúspice se lo había confirmado, Kartikeya había leído en la sangre de sus víctimas que la rueda del destino le exigía una sumisión cercana. Inclinarse y desaparecer, el rey lagarto había hecho una sabia elección al prestarse a los demonios. El sabor de la victoria sobre un rival aplacaría su orgullo dañado con este pequeño compromiso.
Sin más tardar, soltó un poderoso silbido y en seguida empezaron a salir decenas de squamatas de los agujeros y las grietas de esa torturada llanura para caer sobre el enemigo.

Bran, aguardando inmóvil en el centro del círculo de piedras hasta el último segundo, se desplegó repentinamente y arremetió contra un guerrero squamata con un golpe brutal que lo decapitó a medias. A su alrededor, sus seguidores lanzaron sus gritos de guerra, pero el líder de los rebeldes esperó a ser cubierto por los enemigos para lanzar el suyo. Entonces, y solamente entonces, se reveló lo que la magia de las estirges había ocultado a los sentidos, incluso a los más aguzados: el clan de los Tres Cuervos estaba allí, preparado para combatir, a unas pocas toesas de distancia.

¡Horror! ¡ Maldición! Las estirges y los corvus no habían abandonado a Bran. Su desaparición no era más que una emboscada. Al cercarlo, a Kartikeya, y su guardia pretoriana les había salido el tiro por la culata, se habían separado del grueso de su horda. Con la boca espumante por la rabia, el rey lagarto buscó con la mirada a su segundo Rajanya, en la otra punta de la batalla. Cuando finalmente lo vio, adivinó su vacilación y comprendió: el teniente podía arriesgar sus escamas para ir en su ayuda o, por el contrario, abandonarlo allí, en el campo de batalla, retirándose con el resto del clan y convirtiéndose en el nuevo líder. Ante tal oportunidad, él mismo no habría vacilado ni un segundo. No se extrañaría de que Rajanya se comportara del mismo modo. Se preguntaba si su brazo derecho no había interpretado los informes de los exploradores a su conveniencia y maniobrado para desembarazarse de él …

traducido por Alissea

Kartikeya aún podía intentar desafiar a Bran a un duelo, pero ¿para qué? Incluso si llegaba a vencerlo, sería aniquilado por sus partidarios justo después. Atrapado, el rey lagarto comprendió de repente que la sumisión predicha por el harúspice no era con la que había soñado. Pues peor para Samael: con un gesto de resignación anunció su rendición.

traducido por Alissea